

# M Ana María MOIX

24 HORAS CON LA GAUCHE DIVINE

A

X

N

I

A

O

M

M

A

A

R

í

Lumen

# 24 horas con la Gauche Divine

(Escrito en 1971)

Ana María Moix

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Prólogo

Escrito en 1971 por encargo de la editorial Lumen, *24 horas con la Gauche Divine* estaba destinado a formar parte de un libro, que no llegó a realizarse, sobre la *gauche divine* con fotos de Colita y textos de Manuel Vázquez Montalbán, José M.<sup>a</sup> Carandell y Juan Marsé. La idea del libro surgió a lo largo de una animosa conversación entre Esther Tusquets y los mencionados autores en el despacho de la editorial, que en aquel entonces aún tenía su sede en la avenida del Hospital Militar. Finalmente, el libro, como he dicho, no se llevó a cabo. Pero, antes de que abortara el proyecto, Juan Marsé escribió «Noches de Bocaccio», un relato que, posteriormente, el autor incluyó en la primera edición de *Teniente bravo*. Y yo, por mi parte, escribí el presente texto titulado *24 horas con la Gauche Divine*, que quedó olvidado en algún cajón de la editorial. O, al menos, eso creí. Ya que, treinta años después, cuando, en otoño de 2000, Esther Tusquets dejó la dirección de la editorial Lumen y se dispuso a vaciar sus cajones, encontró el manuscrito que hoy se da a la imprenta.

Especie de reportaje-ficción, el título de *24 horas con la Gauche Divine* responde a una serie de colaboraciones periodísticas que en aquella época publicaba en *Tele/Exprés*, periódico que se editaba en Barcelona, bajo la dirección de Ibáñez Escofet. Fue Ibáñez Escofet quien, en 1970, me propuso dicha colaboración, que consistía en publicar una entre-

vista semanal a algún personaje público de la vida cultural barcelonesa con fotos de Colita. Es más, no solo me ofreció colaborar en su periódico, sino que me propuso la idea y el título de las entrevistas («24 horas de la vida de...») y me dejó vía libre para elegir los personajes. Fruto de aquella colaboración, que realicé a lo largo de tres años, fue el volumen titulado *24 × 24* (Península, 1973), que recogía veinticuatro entrevistas a otros tantos personajes, y la encuesta que hoy se publica al final del presente texto. Se trata de una serie de preguntas acerca de la *gauche divine* contestadas por los propios protagonistas de esta historia en el momento en que la estaban viviendo y que ya entonces, a finales de los años sesenta y principios de los años setenta, empezaba a aparecer en la prensa —a veces en sentido positivo, otras en sentido peyorativo— para referirse a determinadas figuras de la vida cultural de la ciudad.

Tanto el texto que sigue a continuación como las pequeñas entrevistas realizadas a algunos de los personajes que en él aparecen, se publican tal como fueron escritos en su momento, hace treinta años, sin haber añadido ni eliminado nada.

A. M. M.

*Barcelona, noviembre de 2001*

## Las violeteras

Finales de octubre. En Barcelona, un sol casi primaveral acaricia la ciudad a las once y media de la mañana. Si uno acaba de cobrar algún trabajillo y puede soslayar el pago de alguna que otra deuda, lo que le apetece es ir de compras. Hay muchos almacenes, tiendas y boutiques en Barcelona, pero si se puede comprar en una boutique en la que ya te conocen, conocen a los amigos de uno (y a los enemigos) y donde se puede adquirir cuanto se desea sin pagar (en el acto) mejor que mejor. Por eso uno va donde «las violeteras». «Las violeteras» son Montse Esther e Isabel Bohigas (nacida Isabel Arnau). Como de treinta y pico de años, ambas; la una, morena; la otra, rubia. Catalanas las dos, aunque también hablan francés y tienen nociones de inglés, italiano y castellano (se dice que la primera es de origen fenicio). Montse Esther es alta, muy alta, muy morena de piel, largas melenas y se viste con cortinas, velos, varios collares más largos que la *minijupe*, zapatos o botas extrañísimas diseñadas por hippies recién llegados de Ibiza, o por niñas bien de la ciudad que no pueden terminar filosofía o exactas y quieren ganarse la vida para salir de casa de sus papás (aunque solo sea por la noche). La otra «violetera», la rubia, Isabel Bohigas, viste más clásico. Está casada con Oriol Bohigas, un arquitecto de la *gauche divine*, un arquitecto muy progre, que además de arquitecto y progre es uno de los hombres más exitosos de la

*gauche divine* (tiene, también, la cabeza más gorda de la *gauche divine* —excepción hecha de otro arquitecto, el divinísimo Federico Correa).

La boutique de las violeteras se llama Saltar i parar. Allí hay de todo: trajes, faldas, blusas, objetos para regalo, papeles de periódico convertidos en flores, flores convertidas en papel de periódico, pajaritos de madera, agendas, juegos de sociedad... Supositorios para la gripe no hay, pero si uno llega a la boutique con síntomas gripales, seguro que una de las dos violeteras lleva algún que otro supositorio o cataplasma en el bolso y auxilia al recién llegado. Hay quien dice que esto lo hacen porque cuando el recién llegado supera el malestar, para quedar bien, se ve obligado a adquirir cualquier bagatela. Pero otros aseguran que se trata de malas lenguas, que la verdad es que ellas, las violeteras, son desprendidas y generosas. ¡Ah!, cierto, se preguntarán por qué las llaman las violeteras. Porque Montse Esther, además de vestir a la *gauche divine* y proveerla de objetos para regalar a los amigos y familiares en aniversarios, Navidad y Reyes, también le da de comer en un restaurante que ha abierto hace poco, un restaurante llamado Las violetas donde, por la noche, cantan los underground de la cançó catalana.

A las doce de la mañana, Montse Esther e Isabel Bohigas están frescas cual dos rosas y al pie del cañón. La boutique, de dimensiones reducidas pero bien aprovechadas, está bajo los efectos de una magia especial: extraño, siendo lunes; sin embargo, hoy hay cosas que contar, muchas cosas, porque la *gauche divine* acaba de regresar de un viaje a Nueva York, organizado por Bocaccio. Contar cosas (mejor dicho, que te las cuenten) es uno de los alicientes de Saltar i parar. Y es que por la boutique pasa casi toda la *gauche divine* y ya se

sabe que los grupos dominados por la alegría de vivir sienten menos miedo ante la vida, lo cual hace a la gente más generosa y extrovertida y menos recelosa con los amigos, de modo que los grandes secretos no existen y cuando se encuentra frente a seres dispuestos a compartir, consolar y aconsejar, como Isabel Bohigas y Montse Esther, ¿a qué callar las penas o las alegrías? Sí, se dice que las violeteras son las «madrazas» de la *gauche divine*, mejor dicho, de un sector de la *gauche divine*. La primera, la rubia, paciente, dulce, de trato afectuoso, une a la buena educación recibida (la buena educación que las familias burguesas catalanas procuran a sus hijas, preparándolas para ser esposas dignas, pacientes y comprensivas) la educación sociointelectual que impone el medio (en este caso, la *gauche divine*), y, así, Isabel Bohigas lee a los «novísimos», a Eugenio Trías y a Josep M.<sup>a</sup> Castellet, no se pierde una buena película ni el estreno de un grupo de teatro experimental llegado de más allá de nuestras fronteras, y, ¿a la *gauche divine* le ha dado por la música romántica alemana?, ¡pues Schumann como música de fondo en Saltar i parar! ¿Qué más puede desear cualquier miembro de la *gauche divine* que acude a la boutique? Además, Isabel Bohigas sabe escuchar: cuando uno acaba de contarle lo que le ha sucedido o lo que le han dicho que le ha sucedido a otro, Isabel Bohigas reproduce muy bien, al pie de la letra, lo que le han contado de otro (o lo que el otro le ha contado en directo) a quien ha sucedido algo parecido. Y así, de la comparación surge la luz, el consuelo, el apoyo o la confirmación (según convenga al caso).

La otra violetera, la morena, Montse Esther, de entrada, no inspira tanta confianza para la confesión, o para el cotilleo, porque es de apariencia más seca y severa, aunque también



de talante más pícaro y astuto. Es una mujer de negocios: primero, Saltar i parar; a continuación, Las Violetas y, ahora, ha emprendido otra aventura: levantar un grupo de viviendas bajo el bonito nombre de Frégoli (en homenaje, más que al célebre transformista de dicho nombre, a Joan Brossa, el poeta y autor teatral catalán, asiduo al establecimiento de Montse Esther). Además de casa de vecinos, en la planta baja se abrirá un teatro, para cuya inauguración Josep M.<sup>a</sup> Castellet escribe un *Baudeville*. El complejo arquitectónico (en verdad muy complejo) lo dirige un joven arquitecto llamado Esteban Bonell. Así, Montse Esther no solo vestirá, proveerá de regalos y dará de comer a la *gauche divine*, sino que también le ofrecerá techo para dormir y teatro para divertirse. Sin embargo, a pesar de ser una mujer de negocios (la aventura de Montse Esther no acabará aquí y ya se prevé que Oriol Regás, el Rey de las Boïtes, pronto tendrá que repartirse con ella sus radios de acción), tiene también su corazoncito (por eso la llaman «la negra —o fenicia— que tenía el alma blanca»), y, así como Isabel Bohigas se ha convertido en el paño de lágrimas de buena parte de la *gauche divine*, Montse Esther es la consejera.

Se preguntará el lector a qué viene hablar tanto de dos señoras que nunca salen en los periódicos, y a qué espero para ir a por Carlos Barral, Castellet o los arquitectos. Pero vayamos por partes, ya que el asunto que aquí nos trae es la *gauche divine*, ellas, Isabel Bohigas y Montse Esther, constituyen uno de sus pilares esenciales. Y cuando (quién sabe), dentro de algún tiempo, a algún loquito furioso se le ocurra querer saberlo todo acerca de la *gauche divine* (¡se escriben crónicas sobre tantas cosas!), tendrá que ir a parar necesariamente al archivo del doctor Ramón Vidal Teixidor, psiquiatra de la

*gauche divine*, o emborrachar a «las violeteras» (que, si bien sueltan prenda sin necesidad de elixires —por amor noble y generoso a la conversación, claro está—, seguro que guardan en secreto puntos clave para más de un asuntillo nada claro).

Así pues, a las doce de la mañana las dos violeteras están en la boutique. Montse Esther discute con Oriol Maspons, uno de los mejores fotógrafos del país. Oriol Maspons ha ido a buscar un traje para ponérselo a una modelo que tiene que fotografiar, y, naturalmente, se discute el precio. Mil quinientas. Maspons: «Ni hablar, si la tela parece de papel, y las costuras están mal *fortudes*. Esto solo te cuesta quinientas...». Suena el teléfono. Ventura Pons, el director de teatro catalán. Ventura Pons tiene tifus. Isabel Bohigas, para consolarlo, le dice que ella está reventada: el día antes llegó de la expedición Bocaccio a Nueva York. «¡Fantástico! ¡Enorme, muy grande, de verdad, tan grande que da miedo. ¡Divertido! ¡Divertidísimo! ¡Ah, sí, negros, muchos negros!» Maspons ha conseguido regatear cuatrocientas pesetas: ha encontrado una tara en la tela del traje. Se va, pero antes le dicen que se les ha estropeado el aparato de radio. Maspons, muy decidido y conecedor de la materia (sabido es que el fotógrafo catalán es entendedor en mil materias, entre otras las referentes a aparatos eléctricos y no eléctricos, y, curioso a más no poder, mete las narices en todas partes). Deja un espectacular casco de motorista y unos gruesos guantes de piel encima del mostrador y sale de la boutique, ataviado con un pantalón de lana a cuadros, una cazadora de piel negra, un jersey amarillo por el que asoman el cuello y los puños de una camisa a rayas. Regresa con unas herramientas y se pone

manos a la obra. Se queja del material del aparato. «Seguro que es de fabricación española.»

Hélène Girard, la mujer del escritor y realizador Gonzalo Suárez, entra en la boutique. Las violeteras comentan y festejan el buen aspecto de su clienta: Hélène Suárez, que normalmente debe de pesar unos cuarenta y cuatro kilos, ha engordado un poco. Aclara que está embarazada de su cuarto hijo. Alborozo. Las violeteras encargan, por teléfono, gin-tonics para celebrarlo. Hélène Suárez ha ido a comprar un traje de embarazada. Montse Esther descuelga de la pared varias camisas indias. «Así, después del parto, las puedes aprovechar.» Buena idea. Pero le quedan anchas de hombros. «Yo de ti me las quedaba; estás muy graciosa.» No la convencen. Montse Esther le muestra un biquini confeccionado por hippies. «Es octubre y estoy embarazada, ¿para qué quiero un biquini?» Montse Esther no se da por vencida: «Perfecto, cuando el niño haya nacido será verano y te podrás poner el biquini.» Se lo encajan. Maspons ya ha arreglado la radio y se oye la voz de un cantante de la *nova cançó*. «¡Maldita sea! Si lo llego a saber, no la arreglo», refunfuña el fotógrafo. Oriol Maspons también estuvo en Nueva York y luce unos zapatos de colorines estridentes. Los Suárez no estuvieron en Nueva York porque Gonzalo está montando su última película: *Morbo*. Pero salieron de fin de semana; hizo un tiempo estupendo. Isabel Bohigas asiente. «Me han contado que en Cadaqués hizo un sol fantástico.» ¿Cadaqués? ¿En octubre y coincidiendo con el viaje Bocaccio a Nueva York, quién había? «No había nadie.» ¿Y quién se lo ha contado? «Todos, todo el mundo.» Hélène Suárez se va sin haber comprado el traje de embarazada, pero con un biquini. Oriol Maspons también se va. Suena otra vez el teléfono: Terenci Moix des-

de Roma, donde vive en la actualidad. Día sí y día también, llama a las violeteras, la mejor agencia de noticias de la ciudad, para estar al corriente de cuanto ocurre en Barcelona. Montse Esther abre el libro de cuentas y empieza a pasar revista a la gente que debe dinero y no paga. Entra Colita, otra fotógrafa. «Vengo a comprar un regalo de cumpleaños para Ana Maio, que hoy cumple cuarenta y siete.» «¿Tantos?», se sorprende la Bohigas. «¡Mujer! —exclama Montse Esther—, ¡cómo va a tener cuarenta y siete años! ¡Cosas de Colita! ¡Isabel es tan pánfila que todo se lo cree!»

Ana Maio es una italiana que vive en Barcelona desde hace bastantes años. Montse Esther intenta convencer a Colita de que, para el regalo, se quede un chaleco de puntillas trabajado con hilillos plateados. ¿Otro trabajo de los hippies? No, se lo trajo de un viaje a Portugal. Pero Colita, nada. Le ofrecen unas libretas de papel muy exótico: se las trajeron de un viaje a Japón. Tampoco. Por fin, Colita da con el regalo de cumpleaños adecuado: un enorme ramo de siemprevivas convenientemente adornado con colgajos morados, amarillos y negros.

Colita empezó a hacer fotos hará unos siete u ocho años. Se trata de una chica alta, morena, que hace más de cinco años que no viste falda y la ha sustituido por el pantalón, y que arrastra un enorme bolso de donde, según las necesidades del momento, surgen cámaras fotográficas, el objeto que acaba de comprar en un anticuario, una novela policíaca o de vampiros, una perra llamada Cleo, un paquete de tampax, pastillas para adelgazar, purgantes, optalidones y alka-seltzer. Es una de las mejores retratistas del país y fotografía a Joan Manuel Serrat y a otros famosos. Ahora prepara su primera exposición: *La gauche qui rit*, y los retratados, como

el título indica, son personajes de la *gauche divine*. Además de fotógrafa, es especialista en literatura policíaca y de misterio, y este otoño empieza a dirigir una colección de libros de dicho género en Tusquets Editores. Dicen que tiene muy mala l... y que es experta en dar chascos. Pero no es tan fiero el león como lo pintan. También dicen que se pasa el día ja, ja, ja, ju, ju, ju, y eso sí es bastante cierto. Sobre todo cuando está en Saltar i parar.

De niña veraneaba en La Garriga, pueblecito donde también pasaban el verano las violeteras y por donde desfilaron varios personajes hoy considerados muy *gauche divine*, quienes, si sospecharan qué imagen de su persona quedó grabada en la memoria de Colita, le pasarían un tanto al mes a cambio de sellarle la boca. «Yo entonces —dice Colita, Cola para los amigos— era alta, flaca, negra y tenía los dientes salidos.» Montse Esther e Isabel Bohigas recuerdan que enseñaron a nadar a Colita, entonces una mala pieza. «Se ponía una capa negra y una dentadura postiza y, disfrazada de vampiro, entraba en el garaje donde nosotras, las mayores, bailábamos con los chicos... ¡nos daba unos sustos!» Colita asegura que no lo recuerda. En cambio, sí recuerda la aparición en La Garriga de Oriol Bohigas, hoy insigne arquitecto y donjuán de la *gauche divine*. «Esta —dice señalando a Isabel Bohigas— era la chica que triunfaba en La Garriga. De las colonias de veraneantes de los alrededores llegaban unos chicos altos, rubios, guapísimos, montados en unas motos espectaculares, que jugaban a tenis, eran campeones de natación, riquísimos... y se hizo novia de un tipo que llegó calzado con sandalias y calcetines blancos, en pleno agosto, que tenía un cabezón impresionante y siempre iba con un libro bajo el brazo. Era Bohigas, se hicieron novios, y, claro, las pe-

queñas nos llevamos una desilusión...» Era cuando Oriol iba a misa todos los domingos y era católico progresista, añade. Ha llovido mucho. Entran en la boutique dos actores que han llegado a Barcelona con la compañía que pondrá en escena *Juegos de sociedad*, de Alfonso Millán. Quieren comprar atuendos como los que los burgueses progres y ricos de Barcelona visten cuando van a Platja d’Aro, en verano. Se prueban unas camisas indias, bluejeans y collares. Colita se desternilla de risa en un rincón. Isabel Bohigas refiere algunas incidencias del viaje a Nueva York: muchos participantes en la expedición Bocaccio quieren matar a Román Gubern, el cineasta catalán que vive en USA desde hace unos meses (hermano de Lali Gubern, quien regenta Literadura, la librería más progre y más cara de Barcelona, donde se pueden hallar las mayores exquisiteces en francés, inglés, italiano, checo, árabe, etc., pero nunca las últimas novedades en castellano —quizá lo hagan adrede y, en tal caso, habrá que agradecersele). Quieren matar a Román Gubern porque, cuando la expedición llegó a Nueva York, echó mano a la cartelera de espectáculos e introdujo a los recién llegados en las salas de cine donde exhibían toda la filmografía de Andy Warhol. Seguramente, Salvador Clotas y Oscar Tusquets lo salvarían de los enardecidos bocaccianos. «Lo más sorprendente —comenta Isabel Bohigas— fue un matrimonio catalán. De regreso, en el avión, ambos nos contaron que habían pasado cuatro días encerrados en el piso de un catalán residente en Nueva York, que vendía bolígrafos y blusas de nailon. Compraron para toda la familia, por lo menos se ahorraron seiscientas pesetas. Les dijimos: “Pero, ¿no han visto nada en Nueva York? ¡Hay cosas insólitas!”. Y contestaron: “¿Quiere algo más insólito

que un catalán en plena Quinta Avenida? ¿Qué más podíamos desear?”.»